

## SEXUALIDAD E INSTITUCIÓN. HACIA UNA NUEVA MORAL SEXUAL

*La conciencia y la praxis de los fieles en materia de sexualidad se distancia cada vez más de la doctrina y de las directrices emanadas de la jerarquía eclesiástica. Y sin embargo, la posición de la Iglesia sigue siendo la misma e incluso, en algunos puntos, se ha endurecido. ¿Por qué la jerarquía eclesiástica es inflexible en su actitud y no aplica a la moral sexual la misma medida que aplica, por ej., a la moral social? El autor del presente artículo examina los factores que han influido en el cambio operado en la sensibilidad moderna respecto a la sexualidad: el psicoanálisis con su énfasis en la conflictividad interna, el aporte de las disciplinas científicas -psicofisiología, etnología, antropología- y las transformaciones socioeconómicas y culturales realizadas en nuestro siglo. Ante la nueva situación, en la que se combinan luces y sombras, la Iglesia no puede renunciar a su misión de orientar las conciencias. Pero, justamente por la necesidad de orientar y proclamar los valores que deben presidir una experiencia humana y cristiana de la sexualidad, la jerarquía debería interrogarse sobre su propio discurso moral e intentar descubrir los mecanismos profundos que lo rigen y lo alejan cada vez más de la nueva sensibilidad respecto a la sexualidad.*

*Sexualidade e instituição. Reflexiões de cara a unha nova moral sexual*, Encrucillada 17 (1993) 115-134

### **Cambios e interrogantes**

La distancia es cada día mayor entre lo que los fieles piensan, sienten y experimentan sobre la sexualidad y lo que se desprende del discurso eclesiástico, cada día más obsoleto y más distante del objetivo prioritario de orientar la conducta moral del pueblo de Dios. Aumenta el número de creyentes practicantes que, incluso desde posiciones conservadoras, prescinden en este tema de las orientaciones morales de la jerarquía, sintiéndose absolutamente libres para conformar su conducta sexual según su propia conciencia.

El problema es grave. Por un lado, se ve afectado el sentido de la eclesialidad y de la comunión del pueblo de Dios: la distancia entre la institución jerárquica y los fieles -por las importantes ramificaciones que la sexualidad tiene en otras dimensiones personales y sociales de la vida humana- puede llegar a convertirse en una distancia generalizada que ya parece mostrar síntomas auténticamente esquizoides. Por otro lado, la misión evangelizadora de la Iglesia sufre graves repercusiones: con su discurso sobre la sexualidad la institución eclesiástica se sitúa en una onda cada día más difícil de ser captada por una sensibilidad que ha sufrido, en torno al sexo, transformaciones radicales.

Las diversas investigaciones psicosociológicas, tanto sobre el comportamiento sexual de la población en general como de los que se consideran a sí mismos como practicantes, no dejan lugar a dudas sobre esta situación que comentamos. Los datos sobre el sentido de la evolución de los creyentes en torno a las cuestiones sexuales indican direcciones coincidentes en otros ámbitos culturales diferentes de España y tan diversos entre sí como pueden ser Estados Unidos o la católica Polonia (la nación católica donde más se

practica el aborto y en donde -según datos de 1991- un 81 por ciento de la población se pronuncia en contra de la doctrina de la Iglesia sobre anticonceptivos y un 71 por ciento en contra de la doctrina sobre el aborto).

La impresión general que se saca es plenamente coincidente con la que recibimos desde otro ángulo más reducido, pero más profundo: el de la observación clínica en el campo de la psicoterapia. Estamos ante un modo nuevo de pensar y de sentir la propia experiencia sexual.

El pensar y el sentir del discurso eclesiástico y el de la sociedad, en la cual este discurso se presenta con intención configurante, pertenecen a dos mundos, a dos sensibilidades, a dos modos de valorar radicalmente distintos. Más grave todavía. Si las estadísticas nos hablan de una progresiva transformación de valores y de conductas sexuales (entre católicos y no católicos), la relectura de un número de la revista *Concilium*, aparecido en 1974 y dedicado al tema *La sexualidad en el catolicismo contemporáneo*, nos demuestra que, después de veinte años, la posición de la Iglesia respecto de los grandes temas que preocupan a la conciencia moral de los creyentes permanece siendo exactamente la misma e incluso se muestra con un carácter más represivo todavía en sus últimos pronunciamientos. Es el caso del nuevo Catecismo universal.

¿Qué ocurre? ¿Qué mecanismos profundos rigen el comportamiento de la jerarquía eclesiástica para poder seguir ignorando una transformación tan evidente de los conceptos y pautas que rigen la conducta sexual de la gente? ¿Es prepotencia o es coraje y audacia evangélicas?

## FACTORES DE CAMBIO

### Psicoanálisis y sexualidad

Una serie de factores incidieron claramente en los cambios de la sensibilidad moderna con relación a la sexualidad. El psicoanálisis ocupa, sin duda, un lugar central, al poner de manifiesto tanto el papel decisivo que juega la sexualidad en el desarrollo de la persona como su carácter esencialmente conflictivo, que exigirá tomar unas inevitables medidas defensivas frente y contra el conjunto de las fuerzas sexuales. El psicoanálisis llevó a cabo una auténtica revolución en cuanto al modo de entender la sexualidad humana: de ser considerada como una fuerza biológica al servicio exclusivo de la reproducción de la especie, pasó a ser considerada como una fuerza (pulsión) que, partiendo del organismo, aspira, en última instancia, a la satisfacción de un deseo imposible: un encuentro fusional, totalizante y placentero. Más allá de la pura corporalidad, la sexualidad humana incorpora un conjunto anímico (la "psicosexualidad" en palabras de Freud) de afectos, emociones y representaciones que van derivando a lo largo de su compleja evolución y, a partir de las vicisitudes de sus encuentros con los objetos de satisfacción, a la búsqueda de ser reconocido como objeto real y exclusivo por el deseo del otro. En el corazón de la sexualidad habita, como aspiración, la ilusión suprema de borrar la condición, adquirida desde el mismo día de nuestro nacimiento, de ser esencialmente seres separados.

## Sexualidad y conflicto

La sexualidad humana se va también desplazando y localizándose en una amplia zona de ignorancia: aquella que, marginada de la conciencia, permanecerá sin palabra en el reino de lo inconsciente. Desde esta profundidad de lo inconsciente la psicosexualidad mantendrá su fuerza para exigir secretamente la realización de sus más viejas aspiraciones. Contra ellas, de manera permanente y, las más de las veces, oculta, se yerguen las defensas y las prohibiciones. El conflicto (normal, y sólo problemático si llega a ser la norma) se presenta, pues, como una ineludible dimensión de la estructura sexual humana.

Esta dimensión conflictiva pide la búsqueda de un equilibrio personal en el cual, a la hora de elaborar unas decisiones en el orden moral, ya no es posible desentenderse, como tantas veces se ha pretendido, de lo que constituye la economía libidinal de cada persona o, dicho de otro modo, de las posibilidades y limitaciones concretas que necesariamente conlleva, en razón de las vicisitudes de la propia historia, la dinámica psicosexual de cada uno.

Esta conflictividad (como muy bien afirmó J. Poirier: "Si hay algo que el psicoanálisis logró demostrar plenamente es que el placer provoca en el ser humano una actitud fuertemente conflictiva") también cuestiona la idea, frecuente en los ámbitos de la moral católica, de que la sexualidad funciona, para muchas personas, como una especie de ilegítimo paraíso. La sexualidad se convierte en un paraíso sólo en la fantasía de aquellos que la niegan mediante una eficaz represión.

## El influjo de otras disciplinas científicas

*Otras disciplinas científicas también jugaron un papel importante en la transformación del concepto y de la experiencia de la sexualidad. La psicofisiología, por ejemplo, mostró que la actividad sexual va dejando de estar unívocamente centrada en la reproducción dependiendo de los mecanismos neurohormonales: la reproducción, pasando el límite de lo puro animal, ya no es más que una de las funciones de la sexualidad. Los estudios etnológicos y antropológicos nos han enseñado que, a través de los tiempos y de los continentes, las sociedades concibieron, practicaron y organizaron la sexualidad de modos muy variados y diferentes (también aquí se pudo observar que la reproducción, constituyendo siempre un factor esencial, tampoco fue el factor único o principal). La crítica social de la familia, emprendida desde posiciones freudo-marxistas (las obras de W. Reich y de H. Marcuse), dejó también una clara resonancia en las posiciones ante la sexualidad de grandes sectores de la población, y en particular en la revolución sexual de los 60. La posibilidad de una sociedad no represiva parecía poner fin a todas las instituciones represivas y lograr una racionalidad de la satisfacción.*

No podemos olvidar el papel jugado en la caída de los antiguos moldes sexuales por la progresiva secularización de la sociedad occidental (la teórica muerte de Dios y el ateísmo práctico de las masas): muchas conductas sexuales se mantenían gracias a unas representaciones religiosas vigentes socialmente e interiorizadas individualmente.

## **Las transformaciones socioeconómicas**

Las consecuencias del alargamiento de la vida, tan sorprendente a partir del último siglo, han resultado de primer orden en el área de la vida afectiva y sexual. Hace un siglo (cuando la esperanza de vida de los españoles se situaba en los 35 años) la vida sexual de las mujeres se veía casi exclusivamente vinculada a las funciones de procreación y crianza de los hijos. Actualmente, cuando la posibilidad de celebrar las bodas de oro son cada vez más numerosas, la pareja afronta su vida en común en unas claves de intercambio y comunicación afectiva y sexual que no están ya para nada afectadas por las funciones procreativas. Sin teorías, sin opciones éticas y sin la intervención de ninguna reflexión, la procreación ha pasado a un segundo lugar, mientras que las dimensiones afectivas y de desarrollo personal pasaron a ocupar el lugar dominante.

El dominio de la contracepción y los métodos de fecundación artificial constituyen otro trazo distintivo de la sociedad industrial que deja sentir también su impacto sobre la nueva concepción de la sexualidad, poniendo de manifiesto la cada vez mayor posibilidad de separar reproducción y sexo.

La transformación sociocultural, que ha supuesto el paso de una sociedad agrícola a otra industrial, junto con el fenómeno de la urbanización, influyó de modo substancial en la vida de la familia y en los ritmos de la vida afectiva y sexual. En la sociedad industrial y urbana los miembros de la pequeña unidad familiar se convierten casi en el único polo de relación afectiva, a diferencia de lo que sucedía en la amplia y compleja estructura familiar y social de la vida campesina.

En la situación de nuestros días, la vida de pareja, basada en una aspiración de comunicación y de intercambio amoroso (el matrimonio por amor, es "una invención del siglo XIX"), está ya, por esta misma razón, distante de ser pensada y sentida esencialmente como el lugar de la procreación. En la intensa, larga y compleja vida de pareja de nuestra sociedad actual, la procreación se presenta solamente como un capítulo, importante sin duda, pero secundario en relación a lo que la sexualidad, en su sentido más amplio, puede y debe proporcionar al proyecto de vida en común.

## **UN DISCURSO INFLEXIBLE EN UNA NUEVA SITUACIÓN**

### **Luces y sombras de la nueva situación**

Las investigaciones del psicoanálisis y de otras ciencias humanas señalan un punto común: sexualidad y procreación en la especie humana aparecen como dos realidades que, si bien están indisolublemente asociadas en el plano biológico, ya no lo están cuando se accede a otros planos considerados como más específicamente humanos, en los que la sexualidad es experimentada como un dinamismo que, más allá de su nivel biológico y procreativo, se abre a unas dimensiones esenciales de gozo y de encuentro. El resultado final es que la valoración de problemas, como la masturbación, las relaciones prematrimoniales, la homosexualidad, el uso de anticonceptivos, se emprende desde una nueva mentalidad y sensibilidad moral. Las transgresiones de las normas morales en estos temas ya no se viven (al menos conscientemente) con sentimientos de

culpabilidad, sino, al contrario de lo que ocurre en otros campos de la moral, se tiene el sentimiento de estar llevando a cabo un proceso de maduración personal que pasa muchas veces por la superación de una normativa previamente interiorizada y que se manifiesta ahora como represiva y sin fundamento moral suficiente. Estos procesos implican, la mayoría de las veces, una buena dosis de sufrimiento y de crisis personales y, para muchos creyentes, de reflexión, de intercambio comunitario y de oración.

Evidentemente, no todo lo que se deriva de los nuevos modos de pensar y de vivir la sexualidad ha de ser considerado como el advenimiento de una época, en la que la sexualidad ocuparía, por fin, el lugar que le corresponde. Justamente, por la necesidad de una orientación y proclamación de los valores que deben presidir una experiencia humana y cristiana de la sexualidad, la jerarquía eclesiástica debería interrogarse sobre su propio discurso e intentar descubrir los mecanismos profundos que lo rigen y que lo van alejando de la nueva sensibilidad general existente en torno al tema.

### **El discurso eclesiástico sobre la sexualidad: Dios o el placer**

La institución eclesial mantiene inflexible este principio básico: la sexualidad solamente es legítima en la medida en que siempre y en toda circunstancia se mantenga abierta a la procreación en el ámbito de la pareja única e indisoluble. El nuevo Catecismo de la Iglesia Católica lo pone de manifiesto. En principio, el nuevo Catecismo reconoce la amplitud que posee la sexualidad humana, más allá de lo corporal y de lo genital. Abarca todos los aspectos de la persona humana: afectividad, capacidad de amar, de procrear, de establecer vínculos de comunión con otro. Sin embargo, no dice que abarque también el placer, cuestión que se sitúa en el núcleo de la problemática.

El placer es el gran enemigo o, al menos, la gran amenaza a controlar y a someter. Es moralmente desordenado cuando es procurado por sí mismo, ya que no se le reconoce ninguna posibilidad de autonomía y de libertad. Por eso sexualidad y procreación se presentan indisolublemente unidas: ahí reside la pieza clave en toda la articulación sobre la moral sexual. En la base de este discurso moral sobre conductas sexuales parece latir la idea de una incompatibilidad radical entre Dios y el placer (incompatibilidad que no advertimos en una lectura serena del Evangelio). Tales incompatibilidades, a partir del psicoanálisis, debemos situarlas en íntima relación con los temas edípicos infantiles. La sexualidad infantil, omnipotente en sus pretensiones, debe afrontar una norma y limitación fundamental para poder acceder al nivel de lo humano: su objetivo total del deseo -representado en la madre o en el padre- está excluido del campo de satisfacción. La ambivalencia ante el padre se formula en términos de autoafirmación, de negación de la autoridad paterna y de sometimiento incondicional a él, que lo asegura como único poseedor de la capacidad de placer (privilegio exclusivamente paterno).

A partir de ahí se estructuran íntimas relaciones entre sexualidad y poder. Como ya señaló J. Pohier, "la sexualidad se manifiesta, por encima de cualquier otra dimensión humana, como el terreno privilegiado de la reivindicación de sí contra quien detenta los privilegios que se quieren tener y a los que se nos impide llegar". La pretensión de situarse en una incuestionable posición de autoridad supone siempre situarse con capacidad de controlar y someter en el otro la propia autoafirmación en el placer. Todo tipo de tiranía social, política o religiosa intuyó esta dinámica profunda derivada de nuestro acontecer psíquico: la represión sexual les era inseparable.

En una increíble resonancia con toda esta problemática, en nuestra moral sexual católica Dios parece exigir cada día la negación del placer sexual, la renuncia y el sacrificio. "O yo o el placer", parece que se le quiere hacer decir a Dios en este discurso moral. En la medida en que la imagen de Dios está elaborada a partir de materiales edípicos, en la medida en que se incorpora elementos infantiles inconscientes provenientes del padre imaginario detentador del falo, de todo poder y del uso exclusivo del gozo, en esa medida Dios es incompatible con el placer. Cada pequeña porción de placer obtenido es una porción de autoridad negada a Dios. Todo se sitúa así en el "o tú o yo" edípico infantil.

Desde esta dinámica concreta se entiende que el placer no podrá nunca, bajo ningún concepto o circunstancia, quedar en libertad ni ser considerado un valor legítimo disociado de otra función o norma. Desde esta estructuración inconsciente es obligado que el placer permanezca atado a una normativa inmutable: la función biológica de la procreación parece ocupar de este modo en el conjunto de la moral católica el papel de lazo inexcusable, por el que el placer queda sometido e impedido para cualquier tipo de ejercicio libre y autónomo. Lo biológico, concebido como lo natural inmutable, se presenta como la ley que garantiza la canalización del placer y su necesaria y esencial subordinación.

Muchas otras cuestiones importantes están asociadas. La imagen de Dios, puesta así en juego, viene a desempeñar un papel nada despreciable en la fundamentación de una estructura de poder y de autoridad, que se declara a sí misma como representación de ese Dios y que actúa a través de unas figuras de talante esencialmente paternas, cuando no autoritarias.

La combinación con los sentimientos de culpabilidad (con los que la sexualidad por su misma esencia se encuentra tan predispuesta) y con determinados modos sangrientos de concebir la salvación (como sometimiento del Hijo a una voluntad de expiación y muerte por parte del Padre) da al conjunto de los elementos una lógica y una coherencia asombrosa. Y así comprendemos que no es una cuestión de obstinación ni de capricho lo que la institución eclesial muestra cuando, frente a toda la sensibilidad actual, mantiene una postura inmutable en cuestiones de sexualidad.

**Tradujo y condensó: MIQUEL SUÑOL**